

CUENTO FLAMENCO: BUSCANDO EL DUENDE



Érase una vez, una hermosa región donde vivir era agradable: el sol era cálido la mayor parte del año, el aire era limpio, la tierra era generosa y estaba poblada por plantas y animales muy variados.

En sus pueblos y ciudades habían vivido durante mucho, mucho tiempo, personas muy diversas que, aunque no siempre les iba bien, acababan encontrando una manera para que cada cual viviera a su gusto. A aquella región mágica la llaman hoy “Andalucía”.

Nuestra historia empieza allá por el siglo XV. Era una tarde de primavera a la orilla de un río ancho, manso y caudaloso. Junto a él había álamos, adelfas, mimbrres y cañaverales. Un poco más allá, había un bosque con árboles de muchos tipos: pinos, encinas, **acebuches** y quejigos. Junto a ellos florecían los arbustos. El invierno había sido frío y lluvioso y con el sol de primavera las plantas iban desplegando sus tallitos tiernos, sus hojitas nuevas y flores de muchos colores. Las abejas revoloteaban entre las matas de romero, hinojo, tomillo y mejorana. Por el campo, se veían muchos conejos y se escuchaban a los pajarillos y del río se veían saltando a los peces para asomarse a aquella fiesta.



Por un camino cercano, se aproximaba un pintoresco grupo de personas. Iban vestidos con muchos colores y viajaban unos a caballo y otros en carromatos. Para hacer más llevaderas las horas de viaje inventaban canciones que llevaban el ritmo de los pasos de los animales y del crujir de los carros.

Cantaban las mujeres que daban el pecho a sus bebés, cantaban los niños y las niñas, cantaban los mayores e incluso los ancianos y las ancianas, a los que siempre se les consultaba cuando había que decidir algo importante.



Al llegar a una encrucijada, se detuvieron para pensar hacia donde iban a dirigirse. Si cogían el camino que los llevaba al pueblo podrían intercambiar por comida lo que ellos habían ido adquiriendo en su largo viaje: telas, cacerolas, especias, abalorios y joyas; o lo que ellos mismos hacían, como esas cestas que con tanto arte trenzaban una de las familias. Entre estas gentes había algunas ancianas muy sabias que conocían las plantas medicinales que encontraban por el camino y podían curar a las personas con remedios naturales, incluso para el mal del corazón. También iban en este grupo, hombres que entendían a los animales como si fueran personas, otros que sabían herrarlos e incluso músicos y danzarines que podían animar cualquier fiesta que se celebrara allí.

El otro camino conducía a la ribera del río. Allí podrían acampar, lavar ropa, darle de beber a los animales, reparar uno de los carros que traía el techo agujereado... En fin, podrían descansar y disfrutar de aquella tarde tan linda. Consultaron, como siempre, al grupo de ancianos y ancianas.

En esto, se acercó a aquella encrucijada un curioso personaje. Aunque no conocían su idioma, entre gestos, palabras comunes y, sobre todo mucha simpatía, se entendieron enseguida. Ellos le contaron que les llamaban **gitanos** y que estaban sin saber que camino tomar. Él con una sonrisa que les cautivó, les dijo que era un **juglar**. Nunca habían escuchado esa palabra antes, pero parecía ser que inventaba poesías y cantaba romances, seguidillas y todo lo que iba aprendiendo por los senderos. Venía de tierras que había más al norte y tampoco tenía casa fija, sino que iba de un sitio a otro repartiendo su arte a cambio de lo que las gentes pudieran ofrecerle. Él traía consigo un instrumento llamado **laúd** y que les había llamado la atención, pues a todos les gustaba la música. El juglar se brindó a enseñar a quien quisiera a **tañer** sus cuerdas y les recitó una poesía que decía algo así:

*No es llegar a un destino
lo mejor de los viajes
es disfrutar el camino.*

Les gustó tanto que les pareció como una señal de lo que debían hacer: aquella tarde acamparían en la ribera y disfrutarían de las cosas bellas que le ofrecía su ruta. De modo, que invitaron al **juglar** a quedarse con ellos y pasar la noche.

La tarde transcurrió alegremente. Hubo quien se dedicó plácidamente a sus tareas, quien aprendió a tocar el laúd y quien inventó poesías... Como aquel grupo de curiosas muchachas, que se divertieron con el juglar haciendo poemas en un lenguaje inventado, mitad palabras de diferentes lenguas y mitad con gestos.

* * *



Al día siguiente, partió un grupo muy tempranito al pueblo para indagar como serían recibidos allí. Cerca del mediodía volvieron con noticias frescas: por el camino habían hecho amistad con unos *hortelanos*, que les decían **musulmanes**, con los que habían quedado prendados, ya que al poco tiempo de conocerse les habían ofrecido cobijo. Y es que, según parece, la antigua religión que les habían transmitido sus padres les decía que debían tratar bien a los viajeros. Les confiaron que las autoridades no les permitían seguir practicando esa religión que llamaban **Islam**, pero ellos mantenían en secreto esa y otras bellas costumbres. Por ejemplo; sus danzas sagradas con movimientos ondulantes y sus cantes con una voz que salía de las entrañas. Tanto habían intimado, que quedaron en verse más tarde en el bosque a la orilla del río.

Ya en el pueblo habían conocido a un grupo llamado **sefardíes** que les contaron de nuevo, que aunque las gentes del lugar eran amables y hospitalarias, habían llegado unas autoridades que no permitían a las personas hacer las cosas a su estilo, sino que tenían que adoptar las costumbres que ellos imponían. Los sefardíes también les dijeron que irían al bosque más tarde.

Por eso, los gitanos pensaron que lo más aconsejable era mantener el campamento donde estaba y hacer excursiones para los **trueques** de la forma más disimulada posible.

Así que, si la tarde anterior había sido plácida y alegre, ésta se había presentado de lo más movidita.

Al poco tiempo llegaron los hortelanos, con sus turbantes y sus ligeros ropajes. Venían cargados de verduras, frutas y dulces. Como tampoco entendían su lengua, dedicaron un buen rato a aprender palabras y comunicarse.

Un poco más tarde, llegaron los sefardíes, que se mantuvieron a distancia. Parecían personas bastante serias y se veía que estaban muy tristes de tener que ocultarse para celebrar cualquiera de sus costumbres y sus creencias.

Navegaban por el río un grupo de pescadores que poco a poco fueron arrimando sus barcas a la orilla. Los sefardíes los conocían: eran **crístianos** del pueblo y temieron que pudieran delatarlos a las autoridades que prohibían toda celebración que no fuera como ellos querían. Volvió a nacer la desconfianza, pero cuando empezaron a descargar cajas de pescado y las ofrecieron para completar el banquete, vieron que sus intenciones eran otras que las que habían presagiado.

Alguien gritó: ¡Qué empiece la fiesta! Y los gitanos exclamaron: “¡ARSA!” y se reanudó el **jolgorio**. Os podéis imaginar que aquella reunión duró mucho, mucho tiempo. Si todos los encuentros de personas tienen algo de mágico, el que ocurrió aquella primavera tenía un hechizo muy especial: un **duende** hacía a todos dar lo mejor de sí mismos para entrar en armonía con los demás. Este duende era el sentimiento espontáneo y único de aquel momento, una gran mezcla de emociones. Era invisible, pero a nadie le cupo la menor duda de cuando hacía su aparición. Se hacía notar en los cantes, bailes, en la música y en cualquier forma de arte.



Las primeras candelas comenzaron a encenderse y nadie sabe de dónde, empezaron a aparecer instrumentos para continuar haciendo música: flautas, **chirimías**, laudes, crócalos... Ese sonido acompasado se convirtió en una densa red de hilos invisibles que los unía, que hacía hermanos a los desconocidos, que convertía en canción cada faena, cada cosa que se quería comunicar. Había que acompañarse de gestos a cada instante, porque allí cada cual hablaba en una lengua más extraña.

En un gran círculo se reunieron todos los presentes tras la comida. Allí comenzó la magia. Si alguien empezaba a cantar, un coro de personas le seguía y no dejaron de sonar instrumentos, ni palmas al compás. En el centro siempre había alguien que bailaba a su manera, sintiendo aquella nueva música que surgía de la mezcla de aquella gente tan diversa.

No penséis que todo era alegría. Hubo muchos momentos en los que comenzó a aparecer la tristeza que se notaba en sus cantos, pero aunque eran duros y melancólicos tenían duende. Entonces la tristeza se desvanecía.

Aunque nadie lo decía, ellos sabían, al fin y al cabo, que todos de alguna manera tenían algo en común: eran **perseguidos**. En cualquier momento, podían ser descubiertos, castigados y convertidos en esclavos por las **autoridades** que querían

que todo fuera de una única manera y no dejaban que las personas mantuvieran sus costumbres y fueran como quisieran.

Se evadían de esta situación haciendo música golpeando con sus pies la tierra, dando palmadas en su propio cuerpo y en todo lo que pillaban: en un tronco hueco, en las cajas de pescado vacías, golpeando una piedra contra otra... Y así danzaron y tocaron a sus penitas, a sus recuerdos y también a sus risas.

Del miedo también se pasó a la rabia y todo el que salía a bailar, le daba con furia a los pies en el suelo.

Llegó el día, unos habían dormido, otros no y siempre que se unía alguien, se acoplaba con mucho *cuidaíto al mismo soniquete*. Aquello parecía no terminar nunca, porque llegó un momento en que ya nadie cantaba ni bailaba como antes, sino que hacían suyo lo que habían visto en los demás.

¡Habían creado un lenguaje que entendían todos! Ese lenguaje era el **FLAMENCO**.

Aquello duró varios días y cuando poco a poco cada cual fue cogiendo su camino, tenían la seguridad de que esos hilos que les unían les harían volver a encontrarse y que siempre podrían entenderse con aquel nuevo lenguaje que habían creado. Se habían hecho como hermanos.

Aquel lenguaje llamado **FLAMENCO** que habían creado para entenderse mucha gente diferente, todavía hoy podemos encontrarlo en muchos lugares, incluso en la escuela.

FIN

Autor: Carlos Sepúlveda

Adaptación: María Jesús Cortés



PROPUESTA DIDÁCTICA

1. Haz un breve resumen del cuento.

2. Nombra las tres culturas diferentes que había en Andalucía cuando llegaron los gitanos.

3. Subraya los árboles o plantas que aparezcan en el cuento:

Hinojo	menta	mejorana	tomillo
Orégano	romero	tila	pino
Roble	acebuche	álamo	encina
Ciprés	alcornoque	quejigo	salvia

¿Conoces algunos de estos árboles y plantas? ¿Para qué sirven?

4. Busca en el diccionario todas las palabras que aparecen en negrita.

5. Elige tres palabras de las anteriores y haz una frase con cada una de ellas.

6. Clasifica los utensilios o instrumentos musicales que aparecen en el cuento en viento, cuerda o percusión.

Flauta

Chirimías

Laúd

Crótalos

* viento

Palmas

* cuerda

Pies

* percusión

Cajas de pescado

Piedras.

7. ¿Qué tenían en común todas las personas que se juntaron en el bosque?
8. En el cuento aparece un “duende” ¿Es cómo el de los otros cuentos? Explica de que se trata.
9. ¿Piensas que es positivo que personas de diferentes culturas compartan sus tradiciones? Explica por qué.
10. En la fiesta del cuento entre todas las personas terminan creando un nuevo lenguaje. ¿Cómo se llama?
11. Dibuja una de las escenas que se describen en el cuento que te haya gustado mucho.